

El Padre Trinidad

Chavez Aparicio

SEGOVIANO MISIONERO QUE HI-
ZO MUCHAS CONVERSIONES Y
REALIZÓ UNA OBRA BENEFICIO-
SA EN ALTO GRADO

POR EL

Doctor Manuel de la Vega y Arango

Médico de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Segovia

PRIMERA EDICION

SEGOVIA. — IMP. DE CARLOS MARTIN

El Padre Trinidad

Chavez Aparicio

SEGOVIANO MISIONERO QUE HI-
ZO MUCHAS CONVERSIONES Y
REALIZÓ UNA OBRA BENEFICIO-
SA EN ALTO GRADO

POR EL

Doctor Manuel de la Vega y Arango

Médico de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Segovia

PRIMERA EDICION

SEGOVIA. — IMP. DE CARLOS MARTIN

ES PROPIEDAD
DEL AUTOR

PRIMERA EDICIÓN

Un segoviano notable



EL Padre Trinidad Chavez Aparicio, misionero español, nació en Segovia en 1508, y murió en Cuba en 1582. Hizo sus estudios, por cierto con gran brillantez, en la Universidad de Alcalá de Henares. Allí, llamó la atención de profesores y estudiantes, porque fué un verdadero consciente de la ciencia. Siempre estaba estudiando y en las horas de estudio, sólo se ocupaba de lo que tenía entre manos y trabajaba con ahínco. Sus disertaciones en la cátedra, eran de mérito grande, veía las cuestiones por todos sus puntos de vista, hacía un estudio crítico, y se propuso de continuo, ser minucioso y desentrañar las ideas con comentarios atinadísimos.

En la Universidad de Alcalá, célebre entonces, era admirado y querido. Lleno de ansias de saber, pasaba largas horas en la biblioteca consultando autores, revolviendo libros, tomando notas, traduciendo los mejores autores y compendiando dictámenes de los clásicos. Los profesores, le admiraban; no veían en él más que el hombre lleno de ansias de saber. Toda su obra de estudio, en Alcalá, fué inmensa; no se concibe que pudiera hacer tanto y tan provechoso como hizo en poco tiempo. Podía muy bien haber desempeñado una cátedra o dado conferencias interesantísimas, porque tenía un bagaje literario inmenso.

La erudición asombrosa que tenía, hacía que se le escuchara con vivísima curiosidad, porque oyéndole, se sacaba la conclusión, de que Chavez y Aparicio, podía llevar la palma de los conocimientos a las Academias y Ateneos y ser el consultor de los sabios.

Tenía un sistema buenísimo de estudio, y

para distraer el entendimiento, variaba de materias; cosa, que hace descansar a la inteligencia según dice Balmes.

En su trato, era muy afable y simpático, según decían sus contemporáneos, sumamente cortés, y de un atractivo grande. Su oratoria, era persuasiva, y tenía una memoria asombrosa. En sus trabajos, tenía multitud de citas de hombres ilustres y procuraba citar especialmente los de mayor mérito. En sus disertaciones, iba bien documentado. Comía poco y estudiaba mucho, le gustaba con delirio el campo, y salía de paseo siempre con sus libros, y se sentaba bajo la sombra de los corpulentos árboles a estudiar. El aire del campo, parecía que le inspiraba.

Entró en relación con los mejores estudiantes de la Universidad de Alcalá, y con ellos hablaba de cuestiones científicas.

Era serio, pero no orgulloso, y humilde sin afectación, tolerante hasta donde se pudiera

llevar la tolerancia, pero de ninguna manera transigió con los errores; hacía lo que dice San Agustín: Dilígite hominis, interficite errores. Amad a los hombres y anatematizad los errores, porque los errores no pueden ni deben amarse. La verdad no es más que una, y donde está la verdad nada puede ponerse sobre ella. Esto es evidente.

Hasta aquí su vida de estudiante, que fué fecunda como hemos visto.

El año 1530 se ordenó de sacerdote en la Imperial Toledo, y el mismo año se unió a otros misioneros que se dirigían al Nuevo Mundo. A su llegada a Veracruz, en 1531, siguió del Papaloapán y comenzó sus tareas de misionero con los padres Diego y Jerónimo de la Cruz. ¡Cuántas privaciones sufrió, y lo mismo sus compañeros; qué horribles disgustos devoraron; cuánta abnegación; cuánto sacrificio! Les faltaban alimentos y éstos de mala calidad; hasta el agua, indispensable para la vida, les llegó a faltar. Dormían

en camas malísimas y algunas noches en el suelo, tenían peligro de ser devorados por las fieras y de ser mordidos por las serpientes. Las enfermedades infecciosas eran otro peligro, pero todo lo arrostraban con gusto por Dios a quien servían.

Con valor inaudito hacían frente a tantos peligros y el Señor les sacó de ellos. Convirtieron multitud de indios, a los que ilustraban y trataban con grandísima caridad, llamándoles hermanos, mimándoles y dándoles todo linaje de buenos consejos que ellos siguieron pronto, pues se les aficionaron de tal modo que no podían hacer nada sin los misioneros.

Descubrieron en uno de ellos cualidades sobresalientes para el estudio y le proporcionaron libros para que se hiciera andando el tiempo hombre útil.

Este indio llegó a ordenarse de sacerdote y fué un cooperador de sus maestros los misioneros, porque se hizo un buen orador y

su oratoria fué tan beneficiosa que llegó a convertir muchas almas.

Satisfechos quedaron nuestros misioneros con la adquisición de este buen indio, al que pusieron por nombre Salvador, porque en efecto salvó a muchos del error y de la ignorancia, salvándose a sí mismo también. Edificaron rústicas iglesias y capillas, y en ellas daban culto a Dios y a la Virgen Santísima.

¡Cuánto bien hicieron y cómo les ayudó Dios en su cristiana obra! Satisfechos estaban los obreros del Evangelio al ver cómo se realizaban sus planes. Cada día iban aumentando los nuevos cristianos, a los que bautizaban con nombres españoles. Hicieron también muchos matrimonios y les exhortaban a formar una familia cristiana y santa.

Sentían gran satisfacción al ver que los indios eran dóciles, que seguían sus consejos, que practicaban la religión con amor y se sentían complacidos con sus maestros los misioneros.

Llegaron a tener unos excelentes cooperadores en ellos, puesto que les ayudaron en sus tareas apostólicas, y favorecían todo lo posible. Como los indios conocían el país, les llevaron a los misioneros a terrenos saneados y con mucha vegetación, perseguían y mataban las fieras y en una palabra, les servían con cariñosa solicitud.

El padre Chavez Aparicio, permaneció entre los indios después de la muerte del padre Cruz en 1540, continuando la misión y bautizando numerosos caciques, enseñándoles el español y mejorando las costumbres de aquellos indígenas. El padre Chavez Aparicio, notó que los personajes indios sabían una mixtura espumosa llamada xocolt, la probó, recogió informes acerca de su composición y origen, estudió las plantas del cacao y su cultivo, y de regreso a España, en 1570, dió a conocer el chocolate, una corrupción de la voz india. Murió en Cuba, en camino de Méjico nuevamente. Dejó una

obra intitulada «Orígenes y cultivo de la planta del cacao». Vean mis lectores cómo el propagador del chocolate, fué un hijo de nuestra Segovia, un misionero que la trajo a España y el chocolate se propagó de un modo extraordinariamente asombroso.

El padre Trinidad Chavez Aparicio, merece el bien de los buenos segovianos y de los buenos españoles, porque él, no sólo convirtió indios como misionero fervoroso, sino que trajo el chocolate a España.

El doctor D. Tomás Baeza, sin duda no tuvo noticia de este benemérito segoviano, porque no hace mención de él en su libro de escritores segovianos.

Rindamos homenaje al padre Trinidad Chavez Aparicio, démosle honor y bendigamos su obra santificadora y cristiana, pues mereció el bien de Dios y de la patria.

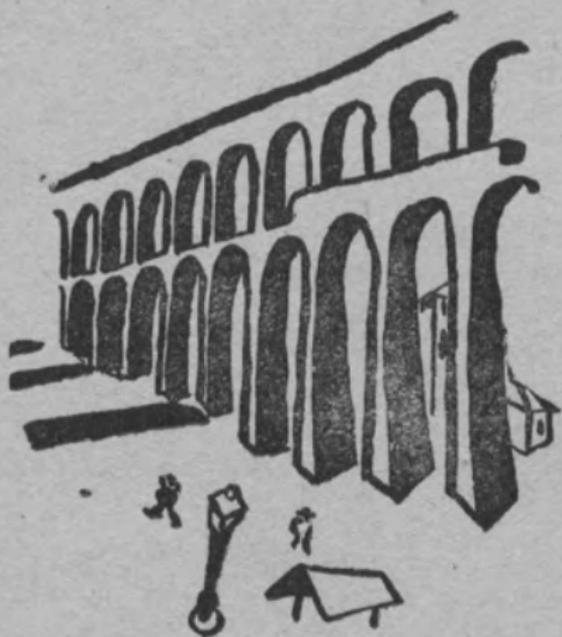
Que Dios haya premiado su celo y trabajos por la salvación de las almas, que prospere su obra, que se ensalce y dignifique al

que tanto se preocupó de sus prójimos.

El padre Trinidad Chavez Aparicio, segoviano meritísimo, realizó una obra buena, hizo grandes prodigios de celo, se multiplicó y multiplicó así mismo las conversiones.

Aquellos indios convertidos por el padre Chavez y sus compañeros, han de honrarlos también como hijos agradecidos.

¡Loor al padre Trinidad Chavez Aparicio, honor y respeto al que hizo tanto bien en este mundo!



Precio: 2 pesetas